

“Conquistas” gremiales justas e injustas

ULTIMAMENTE, las arengas sindicales para recuperar las “conquistas perdidas durante el Gobierno militar”, se han multiplicado en extensión y virulencia. Quienes osaron suprimir tales “conquistas” o se atreven a discutir su “reconquista” son agresivamente descalificados como “enemigos de los trabajadores”.

Ante semejante fantasma, autoridades y políticos con complejos o desviaciones demagógicas siempre han temblado. Y como la amenaza de la demagogia vuelve a arreciar en todos los ámbitos de la vida nacional, no resulta fácil encontrar quienes se aventuren a desmixtificar el tema de las “conquistas” laborales. De ahí lo imperioso de contribuir a hacerlo.

Desde luego, el nombre mismo de “conquistas” deriva su origen de un fenómeno tan profundo como poco analizado.

Durante las últimas décadas previas a 1973 fue perceptible un progresivo giro en nuestra legislación. Del concepto de ley como norma general orientada al bien común, que había inspirado nuestros múltiples códigos, se pasó —cada vez más— a leyes hechas a la medida y en beneficio de

grupos identificables con nombre y apellido.

Más que en la iniciativa del legislador, tales leyes reconocieron su verdadero origen en los grupos de presión que las reclamaban, como precio de su apoyo electoral a los partidos o parlamentarios que los satisficiesen. Resultó lógico entonces que, una vez “obtenidas” esas leyes fueran calificadas de “conquistas” por sus destinatarios. Explicablemente, éstos las han mirado como **sus normas** jurídicas, mucho más importantes y atractivas de buscar y mantener, que la alternativa de ceñirse a legislaciones genéricas e impersonales.

Algunos juzgan dicho fenómeno como un factor positivo de compromiso de los diversos sectores sociales con el sistema jurídico que así se fue configurando. Muy por el contrario, pienso que ello estimuló y simbolizó

“Lo que la demagogia elude admitir es que muchas ‘conquistas’ laborales se obtuvieron —y sólo podrían reponerse— en desmedro de los más pobres...”



el más grave deterioro demagógico de nuestra vida democrática.

SERIA absurdo desconocer que algunas de esas conquistas laborales representaron justos avances en las condiciones de trabajo de los beneficiados. Pero nadie puede seriamente negar que la puja por las “conquistas” engendró también frondosísimos y muy injustos privilegios para los gremios más poderosos.

En los países no marxistas, la retórica marxista presenta todo beneficio laboral como una “conquista” que se le arranca a los empresarios. Sin embargo, la experiencia demuestra que casi siempre éstos saben con-

trapesar tales “conquistas”, cubriéndose de sus efectos.

Lo que la demagogia elude sistemáticamente es admitir y denunciar que muchas “conquistas” laborales se obtuvieron —y sólo podrían reponerse— **en desmedro de los más pobres**. A costa de ciertos trabajadores independientes o de los no sindicalizados, de pensionados y rentistas, de desempleados y de todos cuantos carecen de voz y poder de presión, que constituyen la gran mayoría del país.

Por algo tres gobernantes sucesivos de tan distintas ideologías como Alessandri, Frei y Allende sostuvieron que el país se había vuelto económicamente ingobernable por las “oligarquías gremiales”, por el “nuevo feudalismo” que éstas imponían o por el abuso de los “trabajadores privilegiados”, como respectivamente esos tres presidentes denunciaron idéntico fenómeno.

EN el último decenio se ha procurado rectificar la anomalía señalada, restableciendo el carácter genérico e impersonal de nuestra legislación. No niego que en dicha tarea se han cometido errores y celebró que algunos se estén rectificando con sano pragmatismo. Pero lo que estimaría fatal es que ello se confundiese con el retorno a “conquistas” gremiales indiscriminadas, demagógicas y claramente injustas, sólo posibles perjudicando a los más pobres, a cambio de efímeros aplausos de sectores estridentes pero minoritarios e insaciables.